

BREVE

Esbozo de la historia electoral en Nicaragua

Continuación...

Las elecciones en la era sandinista

Como ya lo mencionamos, el Gobierno de los EE.UU. estigmatizó el proceso electoral meses antes como una farsa, presionando a varios partidos políticos opositores, sobre todo a la CDN, para que se abstuvieran de participar en éste. A su vez, el boicot electoral de la CDN sirvió a los EE.UU. para "demostrar" que los comicios eran antidemocráticos.

En las elecciones de 1990 participaron 21 partidos con personalidad jurídica: ocho en forma independiente, dos como Alianza Social Cristiana y once en el marco de la Unión Nacional Opositora (UNO). Estos partidos cubrieron un amplio espectro programático, desde la izquierda hasta la derecha. Ningún partido importante permaneció al margen de las elecciones. En el curso del proceso de paz centroamericano se había ampliado notablemente el radio de acción de la oposición, entre otras razones por haberse levantado el estado de emergencia (1988), por abolirse la Ley para el Mantenimiento del Orden y la Seguridad Pública (1989), así como por la reforma de las leyes electorales y de los medios de comunicación. Además, a través del Diálogo Nacional, los partidos políticos opositores fueron capaces de modificar las reglas de juego del proceso electoral y así mejorar de forma evidente sus condiciones de competencia de cara a las elecciones. Además, pudieron superar su falta de preparación y desarrollo y presentarse en el marco de la UNO, apoyada por EE.UU. como una alternativa viable al FSLN. No obstante, éste de hecho siguió estando favorecido debido al control sandinista del aparato estatal, al dominio de los medios de comunicación y a su capacidad de movilización.

El desarrollo de las elecciones resultó correcto. Respecto a la organización electoral, el Consejo Supremo Electoral (CSE) se benefició sobremanera de sus experiencias en 1984, así como de las recomendaciones de los grupos internacionales de observadores. En el marco de una comparación con otros países centroamericanos, se otorgó al CSE -a pesar de la crítica a su composición- un alto grado de profesionalidad y flexibilidad frente a las reclamaciones de la oposición. Casi con exaltación The Council of Freely-Elected Heads of Government (1990) indicaba lo siguiente: "El procedimiento de la votación fue excelente. Se verificó el voto secreto y un escrutinio honesto". La Secretaria del CSE, Rosa Marina

Zelaya, caracterizó también a las elecciones de 1990 "como técnicamente no sólo satisfactorias, sino muy satisfactorias". Los numerosos observadores internacionales constataron por unanimidad (y al mismo tiempo promovieron) la limpieza del proceso electoral. En este punto cabe resaltar que las elecciones nicaragüenses de 1990 son consideradas como las más y mejor observadas en un estado soberano hasta aquel momento.

El Miami Herald utilizó la expresión de "elecciones bajo una lupa con una lámpara reflectora" para referirse a dicho proceso electoral. La victoria de la oposición fue un indicio seguro de la limpieza de los comicios, dejando en segundo plano otros problemas menores concernientes al desarrollo del proceso electoral, incluso protestas relativas a irregularidades en la asignación de algunos mandatos parlamentarios.

El sorprendente resultado electoral fue producto de una situación bastante compleja. En primer lugar, hay que tomar en cuenta que el ambiente político de las elecciones de 1990 -debido al descenso de la guerra de la "contra" y a la apertura del sistema político a finales de los años ochenta- favoreció en grado muy superior el ejercicio de una decisión libre del electorado en comparación con seis años antes. Si se subdivide, como proponen López Pintor y Nohlen (1991), a los electores nicaragüenses:

"El electorado del FSLN, el electorado de la oposición y un electorado dependiente del ámbito político, es decir, de la percepción de que las elecciones son libres", entonces la apertura política llevó a una pérdida de votos del FSLN dentro del tercer tipo de electorado. En vista del hecho que las elecciones fueron observadas internacionalmente y que la UNO se pudo presentar en la campaña electoral de manera abierta como una alternativa política viable, los nicaragüenses descontentos con los sandinistas se atrevieron a manifestar su inconformidad en las urnas electorales. Sólo con la confianza en la realización de elecciones limpias y en la aceptación de los resultados, incluso una derrota electoral, por parte de los sandinistas, la guerra, la miseria económica y las medidas impopulares del gobierno, cobraron importancia de una manera tal, que la oposición pudo ganar las elecciones. Ya antes de los comicios, Gomáriz (1990) señaló que las oportunidades de la oposición aumentarían con la confianza creciente en la limpieza del proceso electoral.

Además, de una forma en-



Violeta Barrios de Chamorro

cubierto por la retórica revolucionaria y la prepotencia sandinista, en el transcurso de los años ochenta fueron erosionándose de forma progresiva las bases de apoyo del FSLN. En 1990 se había agotado una gran parte de la enorme confianza que en un momento dado había sido depositada en los sandinistas. Muchos electores votaron en 1990 no tanto en favor de la UNO como en contra de los sandinistas, a la manera de un voto de castigo:

"...contra el Servicio Militar Patriótico que se refleja en el voto por la UNO, incluso en Juntas de amplia presencia de electores vinculados al aparato militar; contra las políticas de ajuste económico, que golpearon duramente el ya mínimo nivel de vida, y que se manifestó contra la prepotencia de militantes sandinistas, el exceso de propaganda y la falta de sensibilidad del "derroche electoral y triunfalismo" frente a la lipidia (la miseria) de la vida diaria" (Gorostiaga 1990)

Otros, aun cuando no adversaban a los sandinistas, creyeron más capaz a la UNO que al FSLN de poner fin a la guerra y superar la crisis económica. Esta percepción se debía en gran medida a que la alianza de oposición UNO estaba apoyada por los EE.UU. En cualquier caso, del futuro comportamiento del Gobierno de los EE.UU. dependía considerablemente el final de la guerra y el levantamiento del bloqueo crediticio y de comercio que sufría el país. Desde esta perspectiva, se puede interpretar la victoria electoral de la UNO como un mandato por la paz, la reconciliación y la sobrevivencia.

Como se sabe, los sandinistas aceptaron la victoria de la oposición, la cual fue para ellos totalmente inesperada. Con este proceder, dieron prueba de su carácter democrático de una manera más rotunda que la que probablemente les hubiera permitido una Victoria electoral. En efecto, el respeto a las reglas democráticas del juego se demuestra no sólo en saber ser un buen ganador, sino también -y sobre todo- en saber ser un buen perdedor. Hay que resaltar que la aceptación de una derrota electoral por parte del gobierno constituyó una gran novedad en

la historia electoral de Nicaragua.

Tanto a nivel político interno como externo, el gobierno de Violeta Barrios de Chamorro, electo en 1990, fue reconocido como legítimo. Cabe mencionar que, poco después de las elecciones, algunos políticos antisandinistas, pertenecientes a la alianza electoral UNO, consideraron la política de reconciliación de la presidenta Violeta Barrios de Chamorro hacia los todavía poderosos sandinistas como una especie de "traición electoral". Criticaron con denuedo el enriquecimiento de los sandinistas antes del cambio de gobierno (la llamada "piñata"), el control sandinista de las fuerzas militares y policiales, y la cooperación puntual del gobierno con el FSLN, la cual se volvió aún más problemática en tanto los partidos de la UNO apenas participaban en la gestión del gobierno, en su mayoría ocupado por tecnócratas. Con el argumento de un supuesto cogobierno de los sandinistas, se cuestionó de forma reiterada al gobierno de Barrios de Chamorro. En el marco de una severa crisis parlamentaria, se llegó por fin a la abierta ruptura entre los funcionarios del gobierno y la coalición UNO, pasando ésta a formar parte de la ya numerosa oposición y desintegrándose de forma ostensible en poco tiempo.

En resumidas cuentas, se puede afirmar que las elecciones de 1990 representaron un importante paso para la democracia en Nicaragua. "La transparencia, libertad y civismo electoral han sido un triunfo gigante para Nicaragua" (Gorostiaga 1990). Sin embargo, diversos factores perjudican de forma severa desde entonces el funcionamiento de las jóvenes -y necesariamente aún débiles- instituciones democráticas, a saber: la acentuada y persistente polarización entre sandinistas y antisandinistas, una cultura política caracterizada por la desconfianza y la lucha por el poder en provecho propio que llevan a cabo algunos grupos de la élite política. En ese sentido, sería necesario contar con acciones a nivel nacional concertadas sobre la base de instituciones democráticas en funcionamiento efectivo, a fin de solucionar -o por lo menos mitigar- los enormes problemas del país, es decir, miseria económica, pobreza aplastante, explosivos conflictos de tierra, graves déficits del estado de derecho y un alto grado de violencia.

La "palabra mágica" para desarrollar la democracia en Nicaragua a nivel político, social y cultural sigue siendo: reconciliación.

Instituto de Historia de Nicaragua